

Eclesiástés 3

Versos 16-22

El Juicio es De Dios

Este texto nos enseña y se alinea con el estudio que venimos realizando en el libro de Génesis. Tiene relación con aquello que el ser humano ha peleado desde el principio: lo que sucede en el tiempo de la muerte y el propósito del hombre dentro de este sistema creado por Dios.

Cuando entendemos que el Señor es el principio y el fin, comprendemos que se está refiriendo precisamente a este sistema, porque con Él todo comienza y con Él todo termina. Él mismo declara: “Yo soy el primero, Yo soy el principio de todas las cosas”, es decir, Él decreta cuándo algo inicia y cuándo concluye. Él ya ha determinado el principio y el fin de este sistema.

Lo primero que debemos entender es que todo ser vivo que ha existido dentro de este sistema terminará postrado ante Su presencia, reconociendo que Él es Dios. Todos, sin excepción, reconoceremos al Dueño de todo.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre aquel que se arrodilla porque fue obligado a hacerlo, y aquel que se arrodilla porque reconoce con amor y reverencia a su Señor y Dueño.

Nosotros nos postraremos y confesaremos que Él es, y lo haremos desde la libertad que Él mismo nos dio mientras estábamos en la tierra, una libertad que no usamos para pecar, sino para proclamar la verdad. En aquel gran día, nos presentaremos ante Él con el gozo de una libertad sin igual.

Así que hay una diferencia Eterna entre quienes confesaron quién es Él por convicción y amor, y quienes lo harán por obligación. Porque Él mismo obró el milagro en nosotros, y nuestra vida se convirtió en el testimonio viviente de Su kavod, Su gloria manifiesta.

¿Qué significa ser el testimonio, ese milagro de su kavod (gloria)?

Significa que somos una evidencia viva, una manifestación visible de cómo su poder tiene la capacidad de transformar lo que estaba muerto y descompuesto, y darle vida y propósito.

Ser testimonio implica ser una evidencia a favor del poder de Dios, y eso conlleva un gran peso, un peso que para la carne puede resultar muy difícil de llevar. Pero en el Espíritu, a medida que nos rendimos y dejamos que Él obre en nosotros, esa carga se vuelve más ligera, porque en realidad el peso es de Él. Él lo coloca sobre nosotros, pero es Él quien lo sostiene.

El milagro es una transformación, y esa transformación te convierte en un testimonio vivo de aquello con lo que estás lleno.

Así debe entenderse: tú te haces un testimonio vivo de lo que habita en ti. Si estás lleno de Su presencia, de Su palabra y de Su gloria, eso será lo que los demás verán reflejado en tu vida.

Cuando estudiamos la Biblia, vemos con claridad que, cuando había un profeta del Señor en la tierra, como Samuel, Elías o Eliseo, su vida dependía completamente de la voz de Dios. Lo que hablaban no nacía de ellos mismos, sino que era la presencia del Señor manifestándose a través de su boca. De hecho, hay un pasaje en el libro de Samuel que dice que el Señor no dejó caer a tierra ninguna de las palabras de Samuel (1 Sam. 3:19), lo cual muestra que esas palabras no provenían de Samuel, sino del mismo Dios. El Señor nunca deja caer Su palabra, porque lo que Él decreta se cumple.

esto se conecta profundamente con lo que el Señor está enseñándonos hoy: cuando estamos llenos de **su Kavod, llenos de su Presencia** y bajo el gobierno del Espíritu profético, lo que sale de nuestra boca no cae al suelo, sino que se cumple.

Por eso, los que estamos llenos de su gloria seremos los que nos arrodillaremos ante Él, no por obligación, sino por reconocimiento y rendición genuina a su majestad.

Es el Señor quien pone en nosotros lo que es **Fiel, Verdadero, Eterno** y que permanece.

¿Y qué es lo que realmente permanece? La verdad, su presencia.

Esa verdad trae consigo el obrar, porque cuando su presencia habita en nosotros produce fruto visible.

Por eso, una señal de que somos escogidos por Él es precisamente nuestro obrar. Un escogido del Rey, lleno de la kavod, lleno de su presencia, no puede actuar fuera de su voluntad, porque lo que lo impulsa ya no es la carne, sino el Espíritu.

Su presencia revela al hombre cómo es sin Dios, vacío, sin dirección, sin propósito, y también cómo llega a ser con Dios lleno, transformado y guiado por la verdad que permanece.

Tengamos en cuenta algo muy importante: eso que **ES** “de las tinieblas” es lo que persigue al escogido de Dios. Todo aquello que proviene de Satanás, el engaño, la confusión, la maldad es lo que busca resistir la obra de Dios en sus hijos. Pero debemos tener muy claro que eso que **ES** de Satanás, Dios lo va a destruir en sus escogidos, todo lo que procede de las tinieblas, todo lo que pertenece al obrar de la maldad, Dios lo destruye en aquellos que son Suyos.

¿Y qué es de Satanás?

De Satanás es todo lo que se opone a lo que permanece, todo lo que va en contra de la verdad, la vida y la presencia de Dios. Todo lo que se levanta contra su propósito, eso será desarraigado y destruido, porque en los escogidos solo puede permanecer lo que viene de Él. Porque toda sujeción a Dios cuando decides rendirte completamente a Él, temerle con toda tu mente, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, provoca persecución.

Cuando verdaderamente te determinas a obedecer al Señor, las tinieblas reaccionan, porque la luz que hay en ti comienza a incomodar lo que no pertenece a Él. Y cuando eso ocurra, cuando sientas esa presión y esa resistencia, podrás decir con entendimiento:

“¡Aleluya, Señor! Esta persecución está fuerte, pero es señal de que estoy caminando contigo, de que tu Vida está manifestándose en mí.”

En los versos del 16 al 22, el Señor nos dice: *“Miren, en mi palabra está la vida.”* **Y hoy declara:** *“todo ya está decretado, declarado y demandado para mis escogidos.”*

Cuando el Señor dice: “mi palabra no halla cabida en ustedes”, está revelando qué es lo que no encuentra en el hombre: **La santidad.**

Porque la santidad obliga a morir al yo, a la lujuria, a la avaricia, a toda concupiscencia, a la murmuración, al hablar mal del otro, a esa costumbre de comparar o señalar.

El testimonio vivo del escogido lleno de la gloria (kavod) de Dios, es evidencia de la derrota del adversario y del poder del Dios vivo que habita en nosotros.

Eclesiastés 3:22: “Así que he visto que no hay cosa mejor que alegrarse el hombre con lo que hiciere; porque ésta es su parte; porque ¿quién lo llevará para que vea lo que será después de él?” (JBS)

Nosotros ya hemos entendido que cuando la Escritura habla de alegrarnos y de las obras, está refiriéndose a comer y beber conforme a la obra del Señor. Esto quiere decir, a disfrutar y participar de lo que Él hace, no desde la carne, sino desde su presencia gobernando; eso es precisamente lo que nos llena de su gozo y esperanza, saber que todo lo que hacemos aquí en la tierra cuando está alineado con su propósito, se convierte en el cumplimiento de su Obra Eterna.

Nos alegramos, porque entendemos que estamos haciendo la obra del Rey, y esa obra revela que estamos llenos de su kavod, de su gloria.